

Ransom Riggs

EL HOGAR DE
MISS PEREGRINE
===== PARA =====
NIÑOS PECULIARES

Traducción de Gemma Gallart

 Planeta

SUEÑO NO ES, MUERTE NO ES;
QUIEN PARECE MORIR VIVE.
LA CASA DONDE NACISTE,
LOS AMIGOS DE TU PRIMAVERA,
ANCIANO Y DONCELLA,
EL TRABAJO DIARIO Y SU RECOMPENSA,
TODO ELLO SE DESVANECE,
REFUGIÁNDOSE EN FÁBULAS,
NO SE LES PUEDE AMARRAR.

Ralph Waldo Emerson

Prólogo

Acababa de aceptar que mi vida sería de lo más normal cuando empezaron a suceder cosas extraordinarias. La primera me llegó en forma de una conmoción terrible y, como cualquier cosa que te cambia para siempre, me partió la vida en dos: Antes y Después. Como muchas de las cosas extraordinarias que iban a suceder, involucró a mi abuelo, Abraham Portman.

Durante mi infancia, el abuelo Portman era la persona más fascinante que conocía. Había vivido en un orfanato, combatido en guerras, surcado océanos en barcos de vapor, cruzado desiertos a caballo, actuado en circos, lo sabía todo sobre armas y autodefensa, y de cómo sobrevivir en la jungla, y hablaba al menos tres idiomas además del inglés. Todo resultaba inconmensurablemente exótico para un niño que jamás había abandonado Florida, y le suplicaba que me obsequiara con nuevas historias cada vez que le veía. Él siempre me complacía, contándolas como si fueran secretos que sólo yo podía escuchar.

Cuando tenía seis años decidí que mi única posibilidad de tener una vida la mitad de emocionante que la del abuelo Portman era convirtiéndome en explorador. Él me animaba pasando las tardes a mi lado, encorvado sobre mapas del mundo, urdiendo expediciones imaginarias y marcando las rutas con chinchetas rojas, a la vez

que me hablaba de los fabulosos lugares que descubriría algún día. En casa daba a conocer mis ambiciones desfilando con un tubo de cartulina ante el ojo y gritando: «¡Tierra a la vista!» y «¡Preparen un grupo de desembarco!» hasta que mis padres me echaban afuera. Creo que les preocupaba que mi abuelo fuera a infectarme con alguna ensoñación incurable de la que jamás me recuperaría —que aquellas fantasías me estuvieran vacunando de algún modo contra ambiciones más realistas—, así que un buen día mi madre me hizo sentar y me explicó que no podía convertirme en explorador porque ya no quedaba nada por descubrir en el mundo. Yo había nacido en el siglo equivocado, y me sentí estafado.

Me sentí aún más estafado cuando comprendí que la mayoría de las mejores historias del abuelo Portman no podían de ningún modo ser ciertas. Los relatos más fantásticos giraban siempre en torno a su infancia, como que había nacido en Polonia pero a los doce años lo habían enviado en barco a un hogar para niños en Gales. Cuando le preguntaba por qué había tenido que dejar a sus padres, su respuesta era siempre la misma: los monstruos iban tras él. Polonia estaba sencillamente repleta de monstruos, según él.

—¿Qué clase de monstruos? —preguntaba yo, con ojos como platos, y aquello se convirtió en una especie de rutina.

—Unos terriblemente jorobados, con la carne putrefacta y los ojos negros —contestaba—. ¡Y caminaban así!

Y me perseguía arrastrando los pies como un monstruo sacado de una película antigua y yo huía riendo.

Cada vez que los describía, incluía algún nuevo y escabroso detalle: apestaban igual que basura podrida; eran invisibles salvo por sus sombras; un montón de tentáculos que se retorcían acchaban dentro de sus bocas y podían salir disparados de repente y

arrastrarte al interior de sus poderosas fauces. No tardé mucho en tener problemas para dormir. Mi imaginación hiperactiva transformaba el silbido de neumáticos sobre el asfalto húmedo en una respiración fatigosa justo fuera de mi ventana y las sombras bajo la puerta en retorcidos tentáculos de un gris negruzco. Temía a los monstruos, pero me emocionaba imaginar a mi abuelo peleando contra ellos y saliendo victorioso.

Más fantásticas aún eran sus historias sobre la vida en el hogar para niños de Gales. Era un lugar encantado, decía, diseñado para mantener a los chicos a salvo de los monstruos, en una isla donde el sol brillaba cada día y nadie enfermaba ni moría jamás. Todos vivían juntos en una gran casa protegida por un viejo pájaro sabio... o eso contaba la historia. A medida que fui creciendo, empecé a tener dudas.

—¿Qué clase de pájaro? —le pregunté una tarde, a los siete años, observándole con escepticismo desde el otro lado de la mesa plegable donde me estaba dejando ganar al Monopoly.

—Un halcón enorme que fumaba en pipa —respondió.

—Debes de pensar que soy muy tonto, abuelo.

Él echó un vistazo a su cada vez más reducido montón de billetes naranja y azules.

—Yo jamás pensaría eso de ti, Yakob.

Supé que le había ofendido porque el acento polaco del que jamás pudo desprenderse por completo salió con más fuerza de su escondite, de modo que jamás se convertía en jamaz y pensaría en penzaría. Sintíendome culpable, decidí otorgarle el beneficio de la duda.

—Pero ¿por qué querían hacerles daño los monstruos? —insistí.

—Pues porque no éramos como el resto de la gente. Éramos peculiares.

—¿Peculiares?

—Sí, peculiares —continuó—. Había una chica que podía volar, un muchacho que tenía abejas viviendo en su interior, unos hermanos, chico y chica, que podían levantar cantos rodados por encima de sus cabezas.

Era difícil saber si hablaba en serio. Por otra parte, mi abuelo no tenía fama de bromista. Frunció el entrecejo, leyendo la duda en mi rostro.

—Muy bien, si no crees en mi palabra, ahora verás —dijo—. ¡Tengo fotografías!

Echó hacia atrás su sillón y entró en la casa, dejándome solo en el porche. Al cabo de un minuto, regresó sosteniendo una vieja caja de cigarros. Me incliné para mirar mientras él extraía cuatro instantáneas amarillentas y arrugadas.

La primera era una foto borrosa de lo que parecía un traje completo sin nadie dentro. O eso o la persona no tenía cabeza.

—¡Pues claro que tiene cabeza! —exclamó mi abuelo con una gran sonrisa—. Lo que sucede es que no puedes verla.

—¿Por qué no? ¿Es invisible?

—¡Vaya, este chico piensa! —Enarcó las cejas como si le hubiera sorprendido con mis poderes de deducción—. Millard, se llamaba. Un niño divertido. A veces decía: «Eh, Abe, sé lo que hiciste hoy», y te contaba dónde habías estado, qué habías comido, si te habías hurgado la nariz cuando pensabas que nadie miraba. A veces te seguía, sin decir ni pío, y sin ropa no podías verle... ¡él lo observaba todo! —Sacudió la cabeza—. Qué cosas, ¿eh?

Me pasó otra foto. Después de que yo dedicara un momento a contemplarla, preguntó:

—¿Y bien? ¿Qué ves?

Me quedé mirando atónito esa última foto mientras el abuelo Portman explicaba:

—Tenía dos bocas, ¿lo ves? Una delante y otra detrás. ¡Por eso se volvió tan grande y gordo!

—Pero es falsa —dije—. La cara sólo está pintada.

—Pues claro que es una pintura. Se la hizo para un espectáculo de circo. Pero te lo digo en serio, tenía dos bocas. ¿No me crees?

Pensé en ello, contemplé las fotografías y luego a mi abuelo, que tenía una expresión seria y franca. ¿Qué motivo tendría para mentirme?

—Te creo —respondí finalmente.

Y de verdad que le creí —durante unos cuantos años, al menos—, aunque principalmente porque quería hacerlo, igual que otros chicos de mi edad querían creer en Papá Noel. Nos aferramos a nuestros cuentos de hadas hasta que el precio se vuelve demasiado alto, lo que para mí fue aquel día en segundo año cuando Robbie Jensen me bajó los pantalones a la hora del almuerzo frente a una mesa llena de niñas y anunció que yo creía en las hadas. Me lo tenía bien merecido, supongo, por repetir los cuentos de mi abuelo en la escuela, pero desde aquellos humillantes segundos me vi perseguido por el apodo «Niño de las hadas» durante años y, con razón o sin ella, le guardé rencor por ello.

El abuelo Portman me recogió en la escuela aquella tarde, como hacía a menudo cuando mis padres estaban trabajando. Subí al asiento del copiloto de su viejo Pontiac y le comuniqué que ya no creía en sus cuentos de hadas.

—¿Qué cuentos de hadas? —preguntó, mirándome con atención por encima de las gafas.

—Ya sabes. Las historias. Sobre los niños y los monstruos.

Pareció confundido.

—¿Quién dijo nada sobre hadas?

Le dije que una historia inventada y un cuento de hadas eran lo mismo, y que los cuentos de hadas eran para niños que aún llevaban pañales, y que sabía que sus fotografías e historias eran falsas. Esperé que se enfureciera o que protestara, pero en lugar de eso se limitó a decir: «De acuerdo», y puso el Pontiac en marcha. Pisó a fondo el acelerador y nos apartamos del bordillo de un bandazo. Y ahí acabó todo.

Imagino que lo había visto venir —con el paso del tiempo yo tenía que acabar por no creérmelas—, pero abandonó el tema con tal rapidez que me dejó con la sensación de que me había mentado. No podía comprender por qué había inventado todas aquellas historias, por qué me había engañado haciéndome creer que esas cosas asombrosas eran posibles cuando no lo eran. No fue hasta algunos años más tarde que mi padre me lo explicó todo: el abuelo también le había contado algunas de esas mismas historias cuando él era niño, y no eran mentiras, al menos no exactamente, sino versiones exageradas de la realidad... porque la infancia del abuelo no había sido en absoluto un cuento de hadas, sino más bien un cuento de terror.

Mi abuelo fue el único de su familia que logró escapar de Polonia antes de que estallara la segunda guerra mundial. Tenía doce años cuando sus padres lo dejaron a cargo de desconocidos, subieron a su hijo menor a un tren con dirección a Gran Bretaña con tan sólo una maleta y las ropas que llevaba puestas. El boleto era sólo de ida. Jamás volvió a ver a sus padres ni a sus hermanos ni a sus primos ni a sus tíos. Todos y cada uno de ellos habrían muerto antes de que él cumpliera los dieciséis años, asesinados por los monstruos de los que él había escapado por tan poco. Pero éstos no

pertenecían a la clase de monstruos con tentáculos y carne putrefacta, la clase de monstruos que un niño de siete años podía llegar a comprender; eran monstruos con rostros humanos, con uniformes bien planchados, que desfilaban hombro contra hombro, algo tan normal que uno no los reconocía hasta que era demasiado tarde.

Al igual que los monstruos, el relato de la isla encantada era también una verdad disfrazada. Comparado con los horrores de la Europa continental, el centro de acogida que había alojado a mi abuelo debía de haber parecido un paraíso, y por tanto en eso se había convertido en sus historias: un refugio seguro de veranos interminables, ángeles guardianes y niños mágicos, quienes en realidad no podían ni volar ni volverse invisibles ni levantar cantos rodados, por supuesto. La peculiaridad por la que habían sido perseguidos era simplemente la de ser judíos. Eran huérfanos de guerra, arrojados a aquella pequeña isla por una marea de sangre. Lo que los convertía en seres asombrosos no era que poseyeran poderes especiales, sino que haber escapado a los guetos y las cámaras de gas ya era milagro suficiente.

Dejé de pedir a mi abuelo que me contara historias, y creo que secretamente se sintió aliviado. Una atmósfera de misterio rodeó los detalles de sus primeros años. No curioseé. Él había pasado por un calvario y tenía derecho a sus secretos. Me sentí avergonzado por haber tenido celos de su vida, considerando el precio que había pagado por ella, e intenté sentirme afortunado por la vida segura y nada extraordinaria de que disfrutaba y que no había hecho nada para merecer.

Entonces, unos pocos años más tarde, cuando yo tenía quince, sucedió una cosa extraordinaria y terrible, y a partir de ese momento sólo hubo un Antes y un Después.